

The heart speaks unto heart

septiembre 2023

A casi un mes de la Asamblea General del Sínodo de los Obispos sobre la «sinodalidad» conviene reflexionar sobre esta cuestión. El Concilio Vaticano II destaca que la Iglesia es la comunión de los hombres con Dios y entre sí, en Cristo¹. En todo tiempo y lugar los creyentes estamos llamados a ser asiduos en la oración, en la celebración de los sacramentos, a vivir la caridad y, en definitiva, a tener entre nosotros un solo corazón y una sola alma², lo cual quiere decir que en nuestra relación con Dios y con nuestros hermanos estamos llamados a asumir los mismos sentimientos de Cristo Jesús³: «Amo al Padre y obro siempre conforme a su mandato»⁴, «hago siempre lo que agrada a mi Padre»⁵, «mi alimento es cumplir su voluntad»⁶, «el Padre y Yo somos uno»⁷, «Yo no hablo en nombre propio, solo transmiso lo que le he oído a mi Padre»⁸; «a ustedes no los llamo siervos, sino amigos... les he dado

“Sin referencia a la verdad el amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena luego arbitrariamente”

a conocer todo»¹⁰, «ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando»¹¹, «Así como yo, siendo el maestro, les he lavado los pies, así han de servirse unos a otros»¹², «cuanto hicieron por uno de esos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hicieron»¹³, «no solo hasta siete veces deben perdonarse, sino hasta setenta veces siete»¹⁴.

La unidad es el signo distintivo de la misión del Mesías: «que sean uno, en esto conocerá el mundo que Tú me has enviado»¹⁵. Esta comunión no es sinónimo de uniformidad, ni algo meramente exterior, tampoco puede ser resultado de estrategias y programas humanos. Solo la acción del Espíritu Santo puede producir esta vinculación desde el interior, en la caridad y en la verdad. El cristiano no está llamado a vivir conforme a los criterios del mundo, sino a experimentar una profunda transformación de su mente y de su corazón: «hasta que Cristo tome forma en ustedes»¹⁶. Dicha transformación tiene lugar por acción del Espíritu Santo, Él es quien conduce a la Iglesia, y quien debe iluminarnos en la hora presente a fin de que podamos conocer y discernir cuál es el camino que nos conviene seguir, para realizar la voluntad de Dios en nuestra vida. «El Espíritu Santo y nosotros; nosotros con la asistencia del Espíritu Santo»¹⁷, este ha sido, desde los inicios, el método de la Iglesia. Caminar juntos significa no seguir nuestras propias ideas, sino ponernos, junto con nuestros hermanos, a la escucha de la Palabra y la voluntad del Señor, y dejar que sea Él quien nos conduzca en esta hora de la historia: «allí donde dos o tres se reúnen, allí estoy yo en medio»¹⁸.

En un artículo de 1859, san John Henry Newman, se pronunció sobre el sentido en que se pueden hacer “consultas” en materia de doctrina¹⁹: en primer lugar hace notar que se refiere a aquellos cristianos que conocen y viven su fe, y que la Iglesia, al tenerlos en cuenta, muestra

¹ Cf. Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia.

² Cf. Hech. 2,

^{42-47; 4, 32.}

³ Cf. Flp. 2, 1^o-II

⁴ Jn. 14, 31

⁵ Jn. 8, 29

⁶ Jn. 4, 34

⁷ Jn. 10, 30

⁸ Cf. Jn. 12, 49

⁹ Cf. Francisco, *Lumen fidei*, 29.

¹⁰ Jn. 15, 15

¹¹ Jn. 15, 14

¹² Cf. Jn. 13, 13-34

¹³ Cf. Mt. 25,

³⁷⁻⁴⁰

¹⁴ Mt. 18, 22

¹⁵ Jn. 17, 21-23

¹⁶ Ef. 4, 13

su reconocimiento, respeto y confianza hacia ellos; de lo cual no se sigue que el Magisterio haya de someterse a la opinión de la mayoría²⁰. Ninguna posición, por difundida que esté, puede relegar a la tradición apostólica, que es el auténtico punto de referencia para determinar el carácter católico de una determinada postura. La vida entregada de los fieles constituye un testimonio de dicha fe y de su anclaje en la tradición²¹. La plenitud que la fe suscita en las personas que se dejan moldear por ella, es el mejor testimonio a favor de la verdad que sostiene la vida de los que se esfuerzan por ser verdaderos católicos. El sentido sobrenatural de la fe nos remite precisamente al hecho de que los creyentes, tanto los más instruidos como los más sencillos, nos ofrecen con su vida un claro testimonio de la fe que profesan: «el cuerpo de los fieles es uno de los testigos de la tradición de la doctrina revelada y su “consenso” a través de la cristiandad es la voz de la Iglesia infalible»²². Cuando Newman habla de la infalibilidad de la Iglesia piensa en la fiel conservación y transmisión de la Tradición, que se manifiesta «de forma diferente en las distintas épocas: por boca de los obispos, por los doctores, el pueblo, la liturgia, los ritos, las ceremonias, las costumbres, los acontecimientos, las disputas, los movimientos, y todos los otros fenómenos que encierra el término “historia”»²³.

Dios ha confiado la Tradición a la Iglesia entera. De hecho, la historia nos enseña que las herejías se propagan antes entre teólogos y obispos, que entre las almas sencillas. Lo que los cristianos necesitamos es santidad, antes que erudición. Solo en el terreno de la santidad se puede cultivar la auténtica sabiduría: esa que han alcanzado san Juan, el discípulo amado, san Pablo, o el pobrecillo de Asís; el hermano André Bessette, santa Teresita, san John Henry, o Madre Teresa, el Padre Pío, y, por su puesto, san José y su santísima esposa, la cual «guardaba todas aquellas cosas y las meditaba en su corazón»²⁴. Todos estos son ejemplos de aquella teología que se hace de rodillas, cuyos extraordinarios frutos están ante nuestros ojos. Los santos son los verdaderos intérpretes que nos muestran el sentido de la Escritura. Es cierto que, en la Iglesia, no todos tenemos las mismas tareas o funciones, y está también fuera de discusión «que el privilegio de discernir, distinguir, definir, promulgar y aplicar una porción cualquiera de esta Tradición pertenece únicamente al Magisterio de la Iglesia»²⁵, al Papa y los Obispos en comunión con él.

Magisterio y sentido sobrenatural de los fieles se apoyan mutuamente, eso justifica, en palabras de san Paulino de Nola, «que estemos pendientes de la boca de todos, porque el Espíritu Santo inspira a todo fiel»²⁶. Newman estaba a favor de tener en cuenta a los fieles, sobre todo en aquellos campos que son de su especial competencia: el pueblo fiel es como un espejo en que se pueden ver lo que los pastores enseñan: «yo supongo que un hombre puede consultar el espejo y saber así cosas sobre sí mismo que no puede aprender de ninguna otra manera»²⁷. No debemos ceder a una interpretación de las cuestiones eclesiales en clave mundana, dejándonos llevar con ligereza de las valoraciones que nos ofrecen los medios de comunicación. Más bien, hay que intensificar el silencio, la oración y el sacrificio, los cuales ofrecen el clima propicio para recibir las irradiaciones del Espíritu Santo, pues «el limpísimo huésped, limpia morada requiere»²⁸.

17 Cf. Hch. 15, 28
18 Mt. 18, 20
19 San John Henry Newman, *On consulting the Faithful in Matters of Doctrine*, London, 1961. El artículo apareció originalmente en la revista *The Rambler (El divulgador)*, Newman realizó una revisión lo integró como apéndice en la tercera edición de su obra *Los arrianos del siglo cuarto*.

20 *On consulting*, p. 83.

21 Cf. Ib., p. 84.

22 Ib., p. 94.

23 Ib.

24 Lc. 2, 19
25 Citado en: *On consulting*, p. 99.

26 *On consulting*, p. 104.

27 San Juan de Ávila, *carta 165: a un discípulo suyo predicador*, en: *Obras completas IV*, p. 560.



THE
NEWMAN
SOCIETY

C. Constitución
de 1857, 122b, Frac.
Revolución,
Tlaquepaque,
Jalisco (Mx).

www.thenewmansociety.org

contacto@thenewmansociety.org

Tel. (+52)
33 4530 2258 y
33 2538 2488